

• ALBERTO MAYOL •



**50** LEYES DEL PODER  
EN EL PADRINO

Colección La Cosa Nostra

«El dinero es un arma, la política es saber cuándo apretar el gatillo, dice Don Luchessi en *El Padrino III*, mostrando que hemos entrado a un universo de símbolos, rituales y significaciones que conforman no ya un código de la mafia, sino un opus sobre el poder. Desde Umberto Eco y *El nombre de la rosa* que no asistíamos a un texto como este, el de Mayol, que nos permitiera la sinapsis sutil entre términos aparentemente excluidos: una gran película, sino la mejor de todos los tiempos, y la vida misma como expresión de la lucha por dominar e imponer nuestra voluntad a otros». (Mirko Macari)

«El poder importa, sentencia Mayol y con solo tres palabras impugna una larga tradición de triunfos morales. Con atrevimiento intelectual vincula el universo artístico de *El Padrino* con una profunda mirada sobre el poder. Es lo más cercano a contar con Vito Corleone susurrándote al oído una lección de vida. Una obra para la praxis, con la cultura y profundidad intelectual y con la deliciosa escritura de Mayol. Una receta italiana en tiempos de crisis». (Darío Quiroga)

«El poder es una ética. El poder es un arte. El poder es una ciencia. El poder es un misterio. He aquí cincuenta leyes para recorrer las fronteras del poder. No tienen un orden basado en nada que no sean gruesas categorías. No hay leyes más importantes que otras. Las cincuenta leyes son eso, simplemente leyes. Sí, como diría un presidiario, simplemente leyes». (Alberto Mayol)

## Índice de contenido

Cubierta

50 leyes del poder en El Padrino

Instrucciones para cruzar el infierno

PRIMERA PARTE La Constitución Política de El Padrino

La cabeza de caballo

Vito Corleone, el motor inmóvil

En el origen fue Agátocles

La Cosa Nostra

¿Qué es el poder?

¿Por qué 50 leyes? Razones y arbitrios

SEGUNDA PARTE 50 leyes del poder en El Padrino

Decisiones y negociaciones

Ley n.º 1 Todas las situaciones, condiciones y vicisitudes pueden ser una oportunidad y, por ello, cada circunstancia y lugar debe ser estudiado en detalle.

Ley n.º 2 La pasión es enemiga del poder.

Ley n.º 3 Todas las misiones que han merecido tal carácter son igualmente relevantes.

Ley n.º 4 Las decisiones relevantes solo se discuten con quienes toman parte en la decisión.

Ley n.º 5 Si hay que elegir entre la eficacia y la eficiencia de una decisión, elige la eficacia.

Ley n.º 6 No toda acción debe responder a una estrategia, pero toda acción debe ser coherente con la estrategia.

Ley n.º 7 Si un estúpido controla un imperio, tú puedes tomar ese imperio. A menos que seas más estúpido que aquel que controla el imperio (y no lo sepas).

Ley n.º 8 Un gran táctico puede ser un pésimo estratega.

Ley n.º 9 En una negociación nadie debe salir humillado.

Ley n.º 10 Piensa como tus enemigos.

Ley n.º 11 ...Y que nadie sepa lo que estás pensando.

Ley n.º 12 Desconfía de los mediadores, suelen tener un bando.

Ley n.º 13 No hay nada, nunca, que sea más importante que la razón.

Ley n.º 14 Nunca sabemos si el enemigo explícito es el enemigo último.

Ley n.º 15 Los recursos deben ser usados en proporcionalidad a su relevancia.

Ley n.º 16 Que tus actos sean predecibles en tiempos de paz e impredecibles en tiempos de guerra.

Ley n.º 17 El culpable debe ser del tamaño del problema. Si no lo es, entonces no lo has encontrado.

Ley n.º 18 Cualquier característica personal puede ser susceptible de convertirse en un recurso para acumular más

poder.

Ley n.º 19 Cuando un accidente se repite, es mejor ser supersticioso.

Vicios y virtudes del gobernante

Ley n.º 20 La prudencia es la mayor virtud del gobernante.

Ley n.º 21 La arrogancia es el mayor pecado del que administra poder.

Ley n.º 22 Hay cosas que simplemente se hacen y luego se olvidan.

Ley n.º 23 Mucha de la información que recibes son mitos. Tener información propia es esencial.

Ley n.º 24 En momentos difíciles, gana tiempo.

Ley n.º 25 Todo grupo que aspira a acumular poder debe estructurarse con un carácter monolítico.

Ley n.º 26 Es imperativo cuidar del propio mundo.

Ley n.º 27 El respeto no es la mejor arma, pero es el mejor escudo.

Ley n.º 28 La permisividad es una fuente de grandes problemas.

Ley n.º 29 Quien perdona una traición, siempre estará en peligro.

Ley n.º 30 Nunca aceptes una humillación, salvo que tengas posición dominante.

El poder es más grande que tú

Ley n.º 31 Nadie es inmune a la transformación del poder y si eres inmune, sencillamente morirás.

Ley n.º 32 Todo hombre tiene su destino.

Ley n.º 33 El crecimiento de tu poder no se ha consolidado si la sociedad no se ha enterado. Pero no se pueden enterar por ti.

Ley n.º 34 Nada es personal en el juego de los intereses. Pero al observar el panorama comprenderás que todo es personal.

El orden importa

Ley n.º 35 No se debe resentir el darwinismo radical del poder.

Ley n.º 36 Hay hombres para tiempos de paz y hombres para tiempos de guerra.

Ley n.º 37 No se debe abusar de los recursos.

Ley n.º 38 Cultiva el secreto y el poder crecerá estable.

Ley n.º 39 Nunca se debe ostentar una negación y menos decir simplemente «no» a quienes se aprecia.

Ley n.º 40 Un escenario de aparente debilidad puede convertirse en un problema real.

Ley n.º 41 Desconfía de las situaciones extrañas.

Ley n.º 42 Las historias verosímiles son un poder relevante.

Ley n.º 43 El ejercicio del poder debe desplegarse con la mayor sutileza posible.

Ley n.º 44 Todos los recursos son armas.

TERCERA PARTE La importancia del orden

Ley n.º 45 Hasta lo ilegítimo debe ser institucional.

Ley n.º 46 El caos es el poder del lumpen.

Ley n.º 47 Los favores articulan poder.

Ley n.º 48 La posición es más importante que las piezas.

Ley n.º 49 Abogados, abogados, abogados.

Ley n.º 50 No hay poder en la mentira.

Ley n.º 50 bis[12] La lealtad del pueblo es tan frágil o tan intensa como es la categoría del líder.

Coda

Sobre el autor

Notas

«Sobre aquello de lo que no se puede hablar,  
hay que guardar silencio».

(Ludwig Wittgenstein, T7)

«Un mafioso no habla. Y si habla significa que  
no es un mafioso, sino un estúpido».

Dicho siciliano

–No me dejarán entrar a esta película. No  
tengo la edad mínima.  
–Esta película no se puede ver cumpliendo las  
reglas.

Diálogo con Boris López, 1991, *El Padrino III*

## Instrucciones para cruzar el infierno

Todos habitamos el poder, por fortuna o desventura.

El poder es un sol nocturno. Posee la energía del astro rey y la oscuridad de la noche.

El poder es el príncipe de este mundo.

Es indispensable haber digerido este saber. La mayor parte de las veces vivimos en el mundo sin conciencia de estas breves sentencias. No imaginamos la relevancia de sus consecuencias. El poder puede estar en la dirección de la llamada telefónica, en la veloz respuesta silente de una mirada, en la risa burlona ante una presunta amenaza, en un pescado envuelto, en el título de un correo electrónico, en una cabeza de caballo en tu cama.

Y es que normalmente pasamos nuestros días sin prestar atención a la más incómoda y menos simpática de las variables: el poder. Preferimos la ingenuidad, la risa, el juego, el delirio metafísico o el frenesí de la carne. Pero en cada acción, como un submundo réplica de nuestro mundo, el poder sube o baja, como un gráfico para cada humano, como el aroma de un barrio, como el destino de una familia. El poder. Podemos disfrutar livianamente de la vida y sin embargo se mueve. El poder se mueve.

Incautos arribamos a nuestros destinos de cada día sin pensar siquiera cuánto poder hemos perdido, cuánto hemos ganado y cuánto podemos perder. Y todavía menos comprendemos que habitar el poder es compartir tu cuarto con Satanás. Siempre. Todos habitamos el poder y, por ello, en nuestro cuarto cada noche duerme Satanás, con

gran calma, con la certeza absoluta de que no importa de cuántos valores nos blindemos, siempre podrá arrastrarnos al pecado en el preciso momento en que el poder exija nuestro pronunciamiento.

No es lo mismo saber que tomar conciencia. Sabemos que el poder se expresa como una montaña, con una cima radicalmente más angosta que su base. Sabemos que acumular más poder, que ir más arriba en la montaña, es difícil. Lo sabemos. Pero no tenemos conciencia. Nos imaginamos que el camino de su acumulación será un grato paseo por un parque. El poder, sin embargo, es tanto una necesidad como una maldición. Cuando ganamos en su juego, nuestros días se tornarán más difíciles. Cuando perdemos, nuestros días serán horribles. El poder no es un grato compañero. Pero sin su compañía la vida es un espanto.

Todos habitamos el poder. Él estuvo antes que el verbo.

La sombra del poder viaja por el mundo a mayor velocidad que la luz. Pero normalmente no nos enteramos. Los hombres de buena voluntad avanzan por las calles redondeando meticulosamente su odio a los poderosos. Buscan que su odio sea puro y perfecto. Suele acontecer en ciertas épocas. Y suele ser una buena noticia. Ese odio, con un poco de suerte, eliminará algo del moho que habita en los pasillos del poder. Los hombres de buena voluntad, con algo de suerte, habrán hecho quizás un aporte. Pero no siempre la suerte acompaña a las almas nobles. Y en esos casos, frecuentes a decir verdad, los buenos oficios tienen la eficacia de la pólvora mojada.

Vivimos en una era que pretende quitarle poder a la autoridad. Si la historia de la humanidad había sido intentar darle autoridad al poder, ahora sencillamente la sospecha inunda la sala de operaciones. Pero no es solo eso. También es una época donde prevalece el desconocimiento del poder. Todo se reduce a decir: el poder es

malvado. Este analfabetismo es un mal compañero para la aventura de sociedades que buscan afrontar los mayores desafíos de su historia. Para cruzar el infierno no basta la buena voluntad, no basta la energía. Se requiere más. Y la historia intelectual de quienes han puesto su mente y sus manos en la cuestión del poder lo saben.

En el siglo XVI, Nicolás Maquiavelo escribió *El Príncipe*, un tratado para enseñar a administrar el poder al que lo tiene. En el siglo XX, Mario Puzo y Francis Ford Coppola crearon *El Padrino*, una saga literaria y cinematográfica, un *opus* que enseña a construir el poder al que no lo tiene. Pero esta no es solo una historia sobre la mafia, no es solo la historia del crimen. Es una historia que enseña que el poder importa.

La lección del poder no es hermosa, no es delicada. Su problema no es lo bello, es lo sublime. Su potencia estética radica en la grandeza, y la grandeza no se puede rechazar. Tampoco se puede ir tras ella, pues no reside en un sitio ni está a la espera de su cazador. La grandeza se produce, se construye y se conquista en cada empresa mayor, siempre riesgosa hasta lo inimaginable.

Cuando quedamos de cara al poder estamos ante lo incomprensible, normalmente por deliberada ceguera o por insuficiente precaución. El poder es una habitación oscura que nadie nos querrá mostrar. Y si deseamos no saber nada, fácilmente lo lograremos porque nadie luchará por darnos ojos ante el poder. Este libro (y el proyecto que lo sustenta) nace como un ejercicio para iluminar ese territorio oscuro. Pero no tendremos jamás una luz brillante. Así es la historia, con un poco de suerte forjaremos una tiniebla más tenue.

¿Por qué visitar ese sitio en penumbra?

Porque para protegerse de los horrores, es preciso cruzar el infierno.

Decidí escribir este libro sin las formalidades académicas, a pesar de lo que considero su profundidad, porque

en este libro conservador subyace una rebeldía cuya fuerza (espero) nunca se agote. Y esa rebeldía no es meramente intelectual. Nace de dolores estomacales, de quebrantos, de soledades infames, de delicadas u obscenas traiciones. Las razones intelectuales de este libro han sido solo una parte de su génesis. Se combinaron, hace tiempo ya, con un sentido de supervivencia.

Cuando las leyes que se exponen en este libro estaban en su etapa primigenia, recurrí a ellas inquieto por mi futuro. Eran momentos en los que era fácil imaginar un destino amargo. La derrota parecía inevitable (y lo era). Y comprendí que esa derrota era por falta de poder y, peor aún, por mi dilapidación sistemática de él en cada conducta. Esto no ocurrió solo una vez. Fueron dos las ocasiones, largos procesos donde la penumbra arribó a una radical oscuridad.

En ambos episodios, mi instinto me llevó a recordar que alguna vez había detectado algo así como «las leyes del poder» en el *opus* de *El Padrino*. Y también en ambos casos, el uso de las leyes que tenía sistematizadas hasta entonces fue suficientemente impresionante como herramienta de acción y como orientación en un espacio devastado.

Esos dos sucesos se resumen así. El primero casi termina con mi salida de la vida académica por mera derrota política, a temprana edad, luego de avances muy exitosos. El segundo supuso abordar una elección presidencial en mi país, Chile, desde la total debilidad; quienes me nominaron candidato fueron presionados para retirar mi candidatura. En cuestión de horas quienes me promovieron querían sacarme, a cualquier precio, de la carrera.

Luego de estos dos episodios me tocó presenciar un tercer fenómeno (todavía me corresponde hacerlo en una posición de desagradable privilegio). Ciertos actores del mundo académico habían construido una inarmónica estructura de acumulación de poder institucional y extrainsti-

tucional con las peores prácticas, mientras un conjunto de personas carentes de todo sentido del poder (que oficiaban en cargos de poder) creían controlarlos en el mismo instante en el que, en rigor, les construían el camino a estos personajes.

En esos tres momentos, las leyes que presento en este libro fueron útiles a tal punto de reducir los daños cuando estos eran inapelables y de generar modestas victorias en medio de un escenario muy difícil. Este ejercicio intelectual se ha hecho carne en varias ocasiones y ha tenido que batirse a duelo con ese desafiante ente llamado realidad.

La historia de mi vida es simple. Por muchos años el silencio fue mi leal compañero. Literalmente, casi no hablaba: era tímido y reservado a la vez. Desde los ocho años asumí que sería académico. Veía edificios universitarios y los sentía mi casa. Leía muchísimo, incluso cosas que no entendí en lo más mínimo. Tomaba el Metro desde mi casa, en la periferia de la ciudad, y gastaba mi poco dinero en las librerías del centro de Santiago. No creo equivocarme si digo que nunca fui a una fiesta siendo adolescente. No tomé alcohol hasta los veinticinco años. No tenía habilidades sociales y aunque ahora tengo pocas, la verdad es que he mejorado muchísimo. En pocas palabras, soy eso que llaman un *nerd*. Tiendo a creer que ese concepto no me abarca, pero no tengo alternativa, es lo que resume mejor. Debo decir, eso sí, que nunca fui muy obediente. Leía lo que me apetecía, no aceptaba una intromisión intelectual y me enfrentaba a los profesores cuando era el caso. Tenía una cierta dosis de rebeldía, pero nunca fui disruptivo.

En mi trayectoria inicial logré ser académico de la principal universidad de mi país relativamente rápido. Fui el profesor más joven del departamento que me albergaba y me hice cargo de todo lo que, en ese instante, fatigaba a mis colegas por ser un problema: las tesis de los estudiantes, la revista del departamento, el diseño de proyectos.

De hecho, redacté un proyecto de investigación que significó grandes recursos para la Facultad... Pero nada bueno surgió de dichos esfuerzos y sus logros, pues estos me convirtieron en el enemigo público de mis colegas. No comprendí que la conquista de objetivos sin la necesaria acumulación de poder era una combinación tan inadecuada como insostenible. Pensé que ser generoso e inofensivo me haría respetable y querido. Y fue así... solo un tiempo. Por de pronto, mi esfuerzo en apoyar las tesis de estudiantes y mi preocupación en hacer más y mejores cursos significó que los estudiantes me quisieran bastante. Ese respeto y afecto duró muy poco. Bastó una operación política para que eso acabara. Los dirigentes estudiantiles pasaron al otro bando. Con una mala estructura de poder, ser enemigo del pueblo puede ser sencillo.

Dado el escenario de enorme conflicto con mis colegas, estuve a punto de retirarme de las ciencias sociales con 32 años. Demasiado joven para haber sido derrotado y demasiado viejo para comenzar de nuevo. En 2010 decidí darme una segunda oportunidad. Sería la última. Si no funcionaba, de hecho, ingresaría de nuevo a la universidad (con dos posgrados y dos licenciaturas ya a costas) para dedicarme a otra cosa. Pero junté fuerzas y decidí perseverar solo una vez más. Pero comprendí que debía jugar las cartas de otra manera y ello implicaba declarar la guerra a quien fuese pertinente, asumir la necesidad de hacerse fuerte, no solo emocionalmente, sino en toda la gama de recursos.

Para hacer viable mi existencia conseguí un trabajo en un banco. Y comencé a construir el camino para volver a la academia, pero no en los códigos de ellos. No quise cumplir las leyes de su mundo. El camino correcto me parecía absurdamente peligroso. Y el camino paralelo, fuera de los mapas, me parecía un poco mejor. No mucho, pero mejor. Fue por entonces que me iniciaba en la compren-

sión más profunda de la obra de Puzo-Coppola: no aceptes las leyes de otros, en ellas morirás.

Cuando la política desaparece solo queda el poder. Ante nuestros ojos aparece una entidad que no ha fijado sus límites, que no conoce fronteras. Y con ella aparece también la necesidad de pensar e investigar ese objeto, puro y simple, como una línea recta en medio de un cuadro, como la pregunta por la luz y su carácter ondulatorio o particular. En ese juego, en ese navegar sin instrumentos precisos, me alejé de Weber y volví a tomar aquella novela leída de adolescente luego de la fascinación por ver la película *El Padrino*. Volví a Puzo una vez más, ahora buscando afinar los detalles, buscando más leyes. Ávido de una verdad que me fuera útil, fatigué las noches y los días.

Aún recuerdo el estremecimiento que sentí cuando comprendí, como en medio de un misterio que nos ha revelado su secreto, que su novela no era sobre la mafia, no era sobre la familia, no era sobre Italia ni sobre los sicilianos en Nueva York. Comprendí que no era sobre los crímenes, que no era sobre el dolor y la necesidad de matar un hermano, que no hablaba acerca de la tragedia de huir de lo ominoso para caer en el Banco del Vaticano (Banco Ambrosiano). O mejor dicho, que sí era todo eso, pero que había algo más, algo que en realidad estaba debajo (y siempre lo que está debajo es más importante). Y eso que estaba debajo era Maquiavelo.

Mario Puzo había reescrito *El Príncipe* de Maquiavelo, pero lo hacía en 1969 (450 años después de su origen) inspirándose en una historia que abarcaba (en la novela) hasta 1955 (desde 1900 aproximadamente). Luego, en la versión cinematográfica tanto Mario Puzo como Francis Ford Coppola avanzaron más décadas, escribiendo un último libreto que excede las fechas originales abriéndose a una nueva generación (los nietos de Vito Corleone, el padrino), construyéndose un relato que llega hasta la década del ochenta, involucrando un radical esfuerzo por mostrar